

LOS DEBATES

REVISTA QUINCENAL

ÓRGANO UNIVERSITARIO

Año II - 2ª Época

Montevideo, Setiembre 15 de 1897

Tomo II—N.º 9

Reformas universitarias

II

Los exámenes escritos

En nuestro artículo anterior analizamos rápidamente la reforma de los programas, y si bien es cierto que censuramos la manera como esa modificación se llevó á cabo, comenzamos por declarar, conforme á la verdad de los hechos, que era una medida plenamente justificada y deseada por todos los estudiantes sin excepción.

Mas entre el cúmulo de reformas que sin cesar se han venido sucediendo desde el nombramiento del actual Rector hasta el presente, no todas obedecen á un fin predeterminedado y plausible como la que nos ocupó en el artículo anterior. Hay innovaciones cuyos móviles no puede descubrir el entendimiento más perpicáz. La modificación del reglamento en el punto referente á la manera según la cual deben verificarse los exámenes, es una de ellas.

Hemos pensado, hemos tratado por todos los medios imaginables, de hallar el justificativo de esa innovación, y debemos declarar que nuestras cavilaciones y tentativas repetidas, tendentes á aclarar el punto, han resultado infructuosas, estrellándose todas contra la más completa ignorancia. No hay, estamos seguros, en toda la Universidad, un estudiante que responda á esta pregunta de un modo satisfactorio: ¿cuál es el objeto, qué circunstancias han mediado para derogar la ley que establecía los exámenes orales sustituyéndolos por los exámenes escritos? Y aún lanzádonos

en una conjetura con muchas probabilidades de verdad, nos aventuramos á afirmar que ni el mismo Rector es capaz de contestarla.

El beneficio y el mejoramiento que reportará esa innovación, vale decir, las razones que la justifiquen plenamente, no se presentan al entendimiento de nadie; pero, en cambio, los inconvenientes que trae aparejados aparecen con tal lucidez, que no hay una persona que no critique la reforma que nos ocupa.

Es un hecho innegable, que el manifestar incorrectamente una idea por escrito, encierra más dificultad que manifestarla bien verbalmente. Claro es que esto debe entenderse teniendo en cuenta la brevedad del tiempo disponible en un examen.

Se nos objetará que no se exigen composiciones literarias, perfectamente; pero tendrán que convenir con nosotros que un examinador no podrá juzgar concienzudamente las aptitudes de un examinando, si este le presenta un escrito incomprendible por la forma y por el orden de la exposición. Seguramente no sucederá esto último entre los estudiantes de años superiores, pero nadie nos negará que es lo que necesariamente ha de acaecer entre los estudiantes de los primeros años.

Si nos abstenemos á nuestras informaciones, el tiempo designado para la realización de una prueba por escrito, alcanza, como máximun, á una hora. Partiendo de la base de ser exacta nuestra información, prosigamos nuestro análisis.

Según la susodicha reforma, á cada examinando se le pondrán cinco preguntas,

debiendo responder à tres para merecer aprobación.

En primer término se nos presenta esta cuestión: ¿cuál será la naturaleza de las preguntas? ¿serán extensas ó breves? Si son extensas no hay siquiera tiempo para contestar à dos, y el examinando se verá entonces en la alternativa ineludible ó de exigir más tiempo, ó de resignarse à contestar à ellas someramente, privándosele así de la oportunidad de demostrar el verdadero grado de sus conocimientos, si ellos son vastos.

Pasemos ahora al caso contrario: en la suposición de que las cinco preguntas sean breves. Tenemos entonces que necesariamente: ó esas preguntas son sin importancia, no bastando luego para constatar la suficiencia del examinando, ó son preguntas de esas que, en la jerga estudiantil, se llaman *cortadas*, de esas que más que cuestiones para probar la capacidad de un estudiante, son detalles que muchas veces pondrían en aprietos à los mismos maestros en la materia, si se les exigiera una contestación concreta é inmediata.

Pero examinemos ahora un término medio, es decir, demos por sentado el caso de que las preguntas no sean ni extensas ni breves, ¿qué sucederá entonces?. Que todo estímulo desaparecerá completamente, y tanto el estudiante laborioso que ha trabajado todo el año, y aquel que solo ha estudiado un par de meses se hallarán en el mismo nivel, viéndose la negligencia equiparada à la laboriosidad.

Hasta aquí hemos venido admitiendo que el examinando se halle en una normalidad completa; pero como nadie lo ignora, en los momentos del examen el estado del espíritu del estudiante, se halla muy lejos de esa normalidad admitida, y nace entonces una nueva inconveniencia de los exámenes escritos.

Una de las superioridades inherentes del examen hablado, y de la cual carece el escrito, es la facilidad de corrección de que

dispone el examinando. La ventaja indicada no deja de revestir importancia. Todo el mundo conoce las emociones particulares que se experimentan en el examen, y el señor Rector, como estudiante que ha sido, ha de conocerlas perfectamente. No es tampoco para nadie una novedad, que esos momentos se hallan caracterizados, sobre todo, por una ausencia casi total de tino, ocasionada por el temor del cual son presa aún los estudiantes de mayor entereza. Como una consecuencia inevitable de ese estado psíquico, el automatismo sucede à la conciencia, y de aquí que muchas veces el examinando se equivoque sin darse cuenta, en tanto que el examinador advertido puede hacerle notar la falta, facilitándole de este modo, una inmediata y fácil corrección.

Estos hechos al parecer son nimios y no merecen llamar la atención; sin embargo, es lo que pasa en la realidad, y ya tendrán ocasión los estudiantes de constatar su importancia, cuando se hallen en el trance mismo.

Después de este rápido análisis de los exámenes escritos; después de cerciorarnos de los males que están llamados à producir fatalmente, no podemos menos que levantar nuestra voz, y atacar la conducta reprochable de los hombres que, sin atender à lo que hacen, crean todos los días nuevas trabas, entorpeciendo la marcha del estudiante.

Modificar por el puro gusto de la modificación; cambiar el estado de las cosas por el placer de cambiarlas, sin obtener ventaja alguna, es muy semejante à lo que hace el niño que, jugando con un pequeño *Odeón*, cambia decoraciones, crea nuevas escenas, sustituye personajes, por el puro gusto de cambiar, de crear y de sustituir, solazándose al ver como se cumplen sin tropiezo los caprichos de su voluntad desordenada.

Leopoldo Thevenin.

OROSMÁN MORATORIO

«La flor del monte,» La linda trigueña celebrada en décimas aprendidas por todas las guitarras nacionales está de luto, gime y vierte llanto, porque ha muerto su poeta.

Lleno de espantos, huyó de esta vida, impulsado por esas nostalgias de idilio, por esas necesidades de cielo que sienten las almas perdidas en la inmensidad de su tristeza.

Los hombres que han nacido grandes en el sacrificio por el arte, en el apostolado de la honradez, son grandes, mucho más grandes en el recuerdo que dejan; y, Orosmán Moratorio, el poeta que unía à las delicadezas de Estanislao del Campo, las espontaneidades de los Hidalgo, dejó por única herencia la armonia de sus cantos y el resplandor de sus virtudes.

¡Cuántas veces, al leer sus versos, vimos en ellos la obra del artista melancólico!
¡Cuántas veces adivinamos que aquel hombre prendía una lágrima en la filigrana de sus estrofas, porque no tenía una sonrisa!

!Rosas, muchas rosas para la tumba del poeta!

Guzmán Papini y Zas.



Otto Miguel Cione, el primero de los humoristas de mi generación, es el autor de la bellissima composición «Tres Edades».

Este trabajo es toda una revelación, pues aunque à su autor lo he considerado siempre un cerebro hermoso, opulento de intensas claridades, nunca sospeché que tuviera un alma tan rica de sentimiento y de poesía.

¿Es acaso esta composición el resultado de un capricho de artista? ¿Es la primera sonoridad de la lira de un nuevo poeta que se levanta?

Creo que es esto último.

G. P. y Z.

TRES EDADES

De «La Revista Nacional».

A Guzmán Papini y Zas.

Inspiraste pasión à un libertino
Con tus encantos è infantil donaire
Y la pureza de tu ser divino,
En la feliz edad que no se olvida,
La edad feliz en la que todo es aire
En el jardín risueño de la vida.

Fuiste más tarde mi ilusión querida
Y à mis ansias cediste, y à mi ruego,
En la edad bella en la que todo es fuego
En el huerto fecundo de la vida.

Obedeciendo à tu fatal destino,
Vuelves à ser pasión de un libertino.
Hoy, que ya no eres planta florecida,
Y si una estrella pálida en el cielo,
En la edad triste en la que todo es hielo
En la llanura estèril de la vida.

Otto Miguel Cione.

NARRACIONES COMPRIMIDAS

«EL HIPO CON CRIA»

En una tarde de invierno, el sol ya en el ocaso, pintaba con colores de pùrpura una ancha faja del horizonte; sus temblorosos rayos faltos de vigor y de vida, parecían enviar à todos los objetos, el adiós de un moribundo, triste y sublime à un mismo tiempo; las campanas, con sus lánguidos sonidos, llamaban à la oración, y momentos después, terminada ya la novena, comenzaron à desfilar ante la Iglesia, las devotas más fervientes, envueltas en sus negros mantos, con su andar acompasado, su mirada lánguida y religiosa, y sus inseparables rosarios.

Doña Casiana, una buena madre y mejor religiosa aún, volvía de la Iglesia masticando los últimos restos de un *Pater* y un *Ave María*, mientras Rosita, su hija y su compañera diaria de novenas, caminaba distraída, con ese mirar vago y característico, de los que tienen su cuerpo aquí y su mente en otros mundos.

Al llegar à su casa, el semblante de la niña tornóse un momento risueño; pero después de haber cambiado un impercep-

tible saludo con un grupo de jóvenes que cruzaban en aquel momento, volvió á caer de nuevo en su estado anterior de tristeza y abandono, como si aquella fugaz sonrisa hubiera podido acarrearle un mundo de sinsabores.

Al día siguiente, Rosita guardaba cama. El médico diagnosticó una leve indisposición, sin importancia ninguna, motivada por el *nervioso*, esa enfermedad tan general y tan de moda, y ordenó por lo mismo, mucha quietud acompañada tan sólo de algún calmante.

Por la tarde notóse ya alguna mejoría, pero no tanta, sin embargo, como para que la enferma pudiera acompañar á su madre; pero ésta, dada la poca gravedad de aquella indisposición, no quiso faltar á sus deberes de buena cristiana, y contra su costumbre, se encaminó sola hácia la Iglesia, con el propósito además de rezar un *Pater* y una *Salve* extras, por el pronto restablecimiento de su hija.

II

Producto de esa plegaria de madre cariñosa, consecuencia de los calmantes del doctor, ó efecto de cualquier otra causa, el hecho es que al volver doña Casiana de la Iglesia, encontró á su hija con un semblante más alegre, ya levantada, y sin la más ligera huella de la indisposición que le había impedido asistir á la novena.

Esta mejoría tan rápida confirmó sus diagnósticos. Aquello no era más que *nervioso*. ¡Y es natural!... exclamaba la madre; con semejante tiempo ¿quién se libra de un *nervioso*?....

Pero la criada no era de la misma opinión, y sus conversaciones á este respecto, terminan siempre así: «O mucho me equivocó, ó la niña Rosa tiene también el *hipo con cria*».... Con ésto la buena mujer quería significar «hipocondría», y á renglón seguido explicaba todos los síntomas de esa enfermedad, que había padecido en un tiempo una joven de sus relaciones.

III

La casa de nuestra enferma era de altos; la escalera que conducía á ella, daba á un ancho zaguán, alumbrado tan sólo por algunos haces de luz que conseguían llegar hasta allí, después de un trayecto bastante

largo que debilitaba en mucho su intensidad, y la puerta que guardaba la entrada, tenía, por lo general, una sola de sus hojas completamente abierta.

Una tarde, al volver de la novena, la enferma, algo fatigada, quiso descansar unos instantes al pié de la escalera. Una sombra llegóse hasta allí; pero las voces de la mamá, que temía las consecuencias del sereno, y el inmediato avance de tres perritos *bull-dogs*, que bajaban las escaleras, con la lijereza de caballos aguijoneados en la pista, trajeron como resultado la desaparición de aquella sombra y la entrada de Rosita en la sala de su hogar.

Con todo, la enferma manifestaba cada día más apego á las cuestiones religiosas, y era para su devota madre, una especie de diccionario parlante en todo aquello que tuviera relación con misas, novenas, rogativas, procesiones, funerales ó letanías.

Este entusiasmo por un misticismo llevado al extremo, cuadraba perfectamente con las aspiraciones de aquella madre, cuyo sublime ideal hubiera sido ver á su hija convertida en una santa, y á su retrato en el conjunto de seres divinizados; motivo por el cual jamás la contrariaba en sus inclinaciones por lo divino, á punto de permitirle la asistencia á cualquier acto religioso, sin su antes indispensable compañía.

Las gentes descreídas suponían sin embargo, que aquel misticismo no era verdadero, y llegaban á afirmar que la sombra ahuyentada por los tres pequeños *bull-dogs*, acompañaba ahora, sin mayores inquietudes, á la asidua concurrente de los templos del Señor.

Los más maliciosos decían sonriendo: «No hay porque asustarse. ¡Es el ángel que la guarda!»....

IV

Entre esas habladurías, y ese afán constante de una enferma, por buscar la comunión espiritual con los seres misteriosos de un más allá, pasaron varios meses, sin que se observara ninguna mejoría notable en el padecimiento moral, que decía sufrir la joven, á pesar de que su físico diera muestras evidentes de una salud al parecer perfecta y testimoniada por un creciente y significativo engrosamiento.

La criada no podía convencerse de que el Cielo desoyese las súplicas incesantes

de un alma tan cándida y tan pura, y animada por las mejores intenciones, se propuso realizar cada sábado una peregrinación á los altares de la Virgen, á siete Iglesias distintas.

Regresaba la criada de su excursión religiosa, cuando en la semi-oscuridad de una calle apartada, vió que la enferma, por quien tantos *Paters* había rezado ya, se despedía de un apuesto caballero, con la alegre sonrisa de sus mejores tiempos, y tomaba enseguida, con la mayor premura, el camino de su hogar.

A la semana siguiente Rosita no pudo cumplir ya con sus deberes de fiel religiosa.—Su madre, queriendo someterla á un tratamiento radical, le había prohibido sus acostumbradas visitas á la iglesia, y ese impedimento no hizo más que aumentar su melancolía anterior.

—¿No te encuentras bien? le preguntaba su madre.

—No.

—¿Qué es lo que sientes?

—Nada.

—¿Por qué estás triste?

—No sé.

—¿A qué entonces esa cara tan marchita?....

Y un diluvio de lágrimas entrecortadas por ahogados suspiros era la eterna respuesta á esta última pregunta, con que terminaba siempre aquel interrogatorio de cada día.

V

Al poco tiempo, un periódico de una congregación traía en un suelto de «Sociales» los párrafos siguientes encabezados con el nombre de nuestra enferma.

.... «La ciencia como toda cosa humana, tiene forzosamente su límite. Se ha « manifestado impotente para aliviar las « dolencias que alijian á esta joven, que « llena de envidiables dotes morales, era « el orgullo de su cristiana madre, el ángel tutelar de muchos desgraciados y « la santa consejera de todas sus amigas.

« Y los esfuerzos de la ciencia se han « estrellado una vez más aquí, con justicia, puesto que esa enfermedad « tenía por causa el constante anhelo de « lo divino, de lo eternamente bueno, de « lo siempre inmaculado.—La fiel religiosa, cuya inquebrantable fé, admiraba-

« mos ayer, ha dejado de existir para « este suelo que no respondía á sus aspiraciones cristianas, y ha ido á buscar la « realización de un ideal divino en la bien- « hechura reclusión que le proporciona « un convento.... ¡Se ha perdido para el « mundo, pero la ha ganado Dios!....

Una resolución de esa naturaleza, dió margen á una multitud de variados comentarios; todos sentían la desaparición de un joven más, que llena de vida aún, iba á hundirse en las celdas de un convento.

Una tarde el Doctor que había asistido á la enferma antes de su profesión, encontró á la criada y preguntóle por la salud de la nueva esposa del Señor.—La buena mujer contestó que su estado era más satisfactorio, aunque las gentes de conocimientos afirmasen que el *hipo con cria* era muy difícil de quitar. Según su juicio, pues, y si la niña ya estaba mejor, era prueba de que habría desaparecido la primer parte de la enfermedad.

—Pero entonces queda la *cria*, ¿no es así?, preguntó maliciosamente el doctor.

—Así es en *verdad*. Mas no se impacienten *ustez*, que con el tiempo, hasta la *cria* ya le saldrá también....

Y en efecto, las gentes desocupadas afirman que la ingenua criada nunca dijo mayor verdad....

Alejandro Fresegué.

A LA ADORABLE

I

Hierve sangre americana
En tus labios de amapola
Y eres, por tu andar, manola,
Y por tus ojos, sultana.

II

Tu voluptuosa pupila
Es un derroche de luz,
Y tu donaire andaluz
Pide un mantón de manila!

III

El negro cabello asombra
A tu faz radiante y bella:
¡Junto al brillo de la estrella
Siempre hay un fleco de sombra!

IV

Te gustan mucho las galas
Que el cielo ha puesto en las aves;
¡Tus hombros de curvas suaves
Cómo desean dos alas!

V

Tanto es mi amor que los celos
Ya me clavan sus saetas;
Si en tus sueños hay Julietas,
En los míos hay Oteos.

VI

¿Quién, al ver lindura tanta
Poeta no se ha sentido?
Por tí mi pecho es el nido
De un corazón que te canta

VII

Como la escala de seda
Del Romeo de tus sueños,
La escala de mis ensueños
En tus balcones se enreda;

VIII

Y hasta el bello jazminero,
Que en tus balcones descuella,
Sube una estrofa por ella
A decirte que te espero.

IX

Y si esta inmensa pasión,
Muerta algún día te ve,
En tu sepulcro pondré
Una flor: mi corazón.

Guzmán Papini y Zas.

Florilegios de Obras Latinas

(Continuación)

La superstición

En la época en que el hombre envilecido se arrastraba bajo las pesadas cadenas de la religión, feroz tirano, que, desde las nubes, mostraba su espantable cabeza y cuya terrible pupila amenazaba á los mortales desde la altura—un hombre nacido en Grecia, se atrevió, el primero, á levantar los ojos hasta el monstruo, y se negó á humillarse. Ni esos Dioses tan alabados, ni sus centellas, ni el estruendo amenazador del irritado cielo consiguieron intimidarlo. Irritóse su valor ante los obstáculos. Impaciente por romper los estrechos límites de la Naturaleza, un génio vencedor se precipitó fuera de los encendidos horizontes del mundo, recorrió á paso de gigante las llanuras de la inmensidad, y tuvo la gloria de enseñar á los mortales lo que puede y lo que no puede hacer, y como el poder de los cuerpos está

limitado por su misma esencia, y así fué pisoteada á su vez la superstición y su derrota nos hizo iguales á los Dioses.

Pero temo que se me acuse de abrir escuela de impiedad y de encaminar hácia el crimen. Fué, por el contrario, la superstición la que inspiró amenudo hechos criminales ó impíos. Los mejores guerreros de Grecia, los primeros héroes del mundo, mancharon otrora el altar de Diana en Aulida con la sangre de Ifigenia. Cuando la cinta sujetó los cabellos de la doncella, ondulando junto á sus mejillas; cuando vió á su propio padre, de pie junto al altar, triste la mirada, sombría la expresión, y á su lado los sacrificadores que ocultaban los cuchillos bajo sus mantos; cuando se vió rodeado por el pueblo anegado en lágrimas—entonces, enmudecida por el espanto, se inclinó hácia el suelo y cayó como una suplicante. ¿De que le sirvió, en ese fatal momento, el haber dado el nombre de padre, por vez primera, al rey de Niosenas? Manos de hombres la levantaron y la condujeron temblorosa, al altar, no para reconducirla en medio de cortejo pomposo después de la alegre ceremonia del himeneo, sino para que expiara á los golpes de su padre, cuando el amor la destinaba al matrimonio. ¿Y para que? Para obtener una feliz salida á los bajeles de los griegos. Tal ha sido la barbarie que ha inspirado á los hombres la religión!

Libro V.

Lucrecio.

Contra los adversarios de la poesia

¿Porque me acusas mordedora Envidia, de consumir mis años en el ocio, y dices de mis versos que son el fruto de la holganza? ¿Porque reprocharme que no siga las huellas de nuestros abuelos, que no aproveche las fuerzas de mi edad para conquistar los polvorientos lauros del dios de la guerra, que no estudie la verbosidad de nuestras leyes, y que no prostituya mi palabra en las fastidiosas luchas de la tribuna? Esos trabajos que enalteces, son perecederos; en cuanto á mí, persigo á la gloria inmortal, para ser celebrado siempre y en todas partes.

El cantor de Meonia vivirá mientras subsistan el Tenedos y el Ida, y mientras que el Sunois rueda sus aguas rápidas hasta el mar. Vivirá también el poeta de As-

SILUETAS Y APRECIACIONES

Por G. P. Y Z.

EL AUTOR

José Enrique Rodó es una de las personalidades literarias que con más vigorosos lineamientos se destaca en nuestro mundo intelectual.

Sus escritos se distinguen por la intensidad victoriosa del color, los primores de la armonía, la cantidad de fuerza mental que existe en los pensamientos vertidos en ellos, y la amplitud de un eclecticismo estético lleno de bondadosas tolerancias.

Su alma es el alma de un poeta que odia las tiranías de la versificación y escribe en una forma que, por la esfera de sus fluctuaciones, podríamos llamar crepuscularia, intermedia entre el párrafo y la estrofa.

Tiene períodos que para ser versos requieren tan solo consonantes, así como hay estatuas de mujeres divinas que requieren un par de alas para ser estatuas de ángeles.

En el examen de las obras todo lo penetra, todo le desentraña: tanto nos hace admirar la imagen de potentes claridades, como el símbolo, más adivinado que visto, perdido entre esas medias tintas que la poesia decadente se complace en diluir cada vez más sobre su paleta enfermiza y rara.

LA OBRA

Los que por insensibilidad á todos aquellas vibraciones del alma que no puedan clasificarse dentro de un orden de sentimientos muy generales y precisos; por aislamiento en relación á la nueva vida intelectual; acaso por alarde de gusto puro, clásico y severo, predicán, frente á nuestra complejidad cerebral, la sencillez; frente á la voz de nuestras íntimas contradicciones, espontaneidad del canto aprendido, como la música del gaitero ingenuo de Daudet, del viento y de los pájaros, deben pensar en que la afectación es cosa fácil de hallarse,

cra, mientras se hinche la uva en el viñedo, y mientras caigan los dones de Ceres bajo el filo de la hoz. El mundo entero recordará eternamente al hijo de Bato, aunque domine el arte sobre el génio en este poeta. Jamás gastará el uso al coturno de Sófocles. La vida de Aratus será la del Sol y de la Luna. Mientras haya esclavos pícaros, padres crueles, pérfidas enredadoras, y zalameras cortesananas, vivirá Menandro. Enio, que no conoció el Arte, y Accio, cuyos acentos fueron tan varoniles, no verán su nombre destruido por el tiempo. ¿Qué siglo ignorará quién fué Varrón, y quien el primer navegante, y que cosa ese vellocino de oro que conquistó el gefe Ausonio? Los versos del sublime Lucrecio, perecerán cuando el Universo perezca. Se leerá de Títilo y sus mieses, de Eneas y sus combates, mientras Roma sea reina del mundo que ha conquistado. Mientras sean armas del Amor el arco y el fuego, habrá quien repita tus melodiosos cantos, elegante Tibulo. Conocerán á Gallus los pueblos del poniente; conocerán á Gallus los pueblos de la aurora; por doquier, al par de Gallus, será conocida su amada Lycoris.

Así, mientras que el tiempo socava las rocas, y quiebra el diente del duro arado, los versos escapan á la muerte ¡Ceda pues el paso á la poesia, la púrpura real, con todas sus conquistas! ¡Cédanselo también las márgenes afortunadas del Tajo, que arrastra oro en sus movibles aguas!

Si el vulgo se entusiasma con viles cosas, yo, por mi parte, solo deseo que Apolo llene mi copa con agua de Castalia; que adorne mis sienes el mirto, temeroso del frío, y que mis versos sean siempre lectura del agitado amante. Vivo, sirve uno de pasto á la Envidia; muerto, disfruta uno el eterno reposo á la sombra de la gloria que ha merecido. Por consiguiente, cuando haya me consumido la fúnebre pira, viviré aún, y habrá triunfado de la muerte la parte mejor de mi mismo.

(OVIDIO—*Los Amores*—Elegía XV—Versión indirecta de la traducción francesa de Felix Lemaitre).

(Continuará)

en ciertos tiempos, por los propios caminos que se eligen para evitar sus malas tentaciones. La sencillez del sentimiento y del espíritu es afectación cuando la realidad no da de sí la sencillez. Hijas nuestras a más de un extraño crepúsculo, nuestra sinceridad revelará en nosotros, más que cosas sencillas, cosas raras.—Nada sería tan engañoso como identificar la sinceridad con el candor.—Generaciones complejas por la composición de una idealidad indefinible, por la intensidad de la vida intelectual, darán de sí *naturalmente* un arte complejo. La ingenuidad de la Rapsodia y del Romance en labios de los que gustan el zumo de una civilización que lleva destilado cien veces el filtro de la vida, sería tan falsa como el eco de la sensibilidad perversa de un Verlaine en una sociedad de almas candidas y heroicas.

Y por eso, junto al David Teniers de las exterioridades pintorescas y apacibles; junto al novelador de la región, lleno del genio de los suyos, atento al habla de la Musa plebeya, en quien repercutan las palpitaciones de la fibra salvaje, á quien la Naturaleza virgen conceda la confianza de su ingenuidad,—debemos admitir al experto peregrino de nuestro mundo interior, al novelista de la *universalidad humana* que brinde, en la copa exquisita de sus cuentos, el extracto sutil de sus torturas intelectuales, de sus contemplaciones íntimas, de sus estremecimientos profundos, para los curiosos de la inteligencia y los «curiosos de la vida» que quieren ver brillar sobre la frente del Arte la luz que los guía hacia lo hondo en los misterios de la Idea y en el antro obscuro de la Pasión, el rocío que flota, como exhalación de playas nuevas, en el ambiente de los que se lanzan, argonautas del perdido Ideal, á los mares del espíritu,—para las almas inquietas, anhelantes, para los visionarios del porvenir, que reflejan sobre la profundidad del horizonte humano los mirajes dorados de sus sueños; las raras expusiteces de su expres-

sión, para los refinados de la forma que piden á la magia omnipotente del verbo la entera imitación de todos los estremecimientos de la vida, el placer condensado de todas las sensaciones del arte; la quinta esencia de sus nostalgias indefinibles y sus penas agudas para los paladares finos en lo amargo, para los que Anatole France llama los *gourmets* del dolor.

Que en el conjunto enorme de la actividad donde ha de ir á buscar, el intérprete de esta poética vida que anhelamos, iuspiración y ejemplo que lo guíen mezclanse también elementos, no ya indignos de nuestro arte peculiar, sino de todo arte noble y duradero, no lo dudamos nosotros ni habrá claro y recto juicio que lo dude. Dicerámoslos, y hagamos nuestro lo que exprese una realidad de nuestro mundo íntimo, de nuestros sufrimientos, de nuestra fé, de nuestro amor.... Si dentro de la organización, aun indeterminada é informe, de pueblos que, como el que un tiempo inspiró á la pluma de Figaro las consideraciones del juicio de «Antony», ofrecen del punto de vista de la unidad del alma colectiva, más que la imagen de una sociedad compacta y una, la del revuelto campo de batalla donde se chocan los elementos opuestos que han de constituir sociedad, hoy cierto número de espíritus que viven la más compleja vida de la sensibilidad y el pensamiento, triunfe en buen hora la aspiración que para ellos pide una literatura que se modele á su semejanza.

—Y sea bien venido en su nombre el esfuerzo de los que adelantan para hacer colaborar al alma de América en esta inmensa labor renovadora merced á la que nuestro ocaso secular presenta, con la agitación aparentemente anárquica y sombría que es el signo de las grandes transiciones humanas, el espectáculo de una cultura en cuyo seno hierven á un tiempo todas las ideas y todas las pasiones,—en cuyo ambiente se entrecrocán todas las resonancias del Deseo, del Entusiasmo y del Dolor,—concur-

so extraño de aspiraciones sin armonía, de dudas sin repuesta, de contradicciones sin solución, de voces de esperanza, y de angustia, que si se condensasen en un solo grito, inmenso y formidable, harían decir acaso al alma moderna como el Fortunio de Gautier:

—«Tengo más sed que un desierto!»

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

RECUERDO!

(OROSMÁN MORATORIO)

El pobre vate de las tradiciones criollas acaba de espirar, dejándonos, como inapreciable recuerdo, el último canto de su fecunda musa!

Su alma de roble, que combatió con ahínco contra los reveses de la suerte, fatigada y llena de decepciones no se consideró potente para soportar más los dolores que engendra la miseria.....!

Pobre poeta!—Ya no oiremos más las notas suaves y delicadas que emanaban de su lira!.... y allá, cerca muy cerca, en el rancho que oculta el tesoro de las queridas cosas de la patria, el *paisano*, siempre altivo, siempre valiente, y siempre sensible y generoso verterá lágrimas de amargura por la pérdida de un amigo que lo amaba con todas las fuerzas de su sentimentalismo poético, y que bien pudo esclamar en vida; como el autor del «Tenorio»

«Que me importa vivir como un mendigo por morir como Pindaro y Homero.

O. A. Zorrilla.

Apuntes de Historia Americana

(Primer año)

MISIONES JESUÍTICAS

Las conquistas realizadas por medio de la fuerza son inestables, por cuanto no teniendo el sometido la arraigada convic-

ción de los móviles equitativos y de la justicia aducida por el conquistador para subyugarlo, en todos los momentos, en cada oportunidad, aprovecha la circunstancia favorable para romper la cadena con que el vencedor ha ligado á la suya la voluntad del vencido.

Mientras un pueblo, una agrupación cualquiera, no piense del mismo modo que el que lo ha sometido; mientras no sienta las mismas ideas del conquistador; mientras no acepte como incontrovertibles las razones, los móviles que impulsaron á aquel á lanzarse en su empresa dominativa, la conquista es temporal, el sometimiento es transitorio, y la reacción liberticida es un acontecimiento que podrá ser retardado pero que es imposible el evitarlo.

La conquista de la idea es condición indispensable para asegurar la conquista por la fuerza. Cuando se ha conseguido hacer pensar cual uno piensa, la resistencia física no existe; la fuerza cae dominada por la idea, el cuerpo se postra ante la razón. Por eso cuando los españoles emprendieron la conquista de estas regiones, animados por el sentimiento progresista de encausar á estas agrupaciones bárbaras en la corriente de la civilización, tropezaron con el obstáculo poderosísimo que le oponían sus individuos celosos de su libertad, demasiado bárbaros para no ver en la empresa de los españoles sinó el móvil de someterlos á su autoridad.

La España, ante la resistencia formidable que tenía que vencer para afianzar su dominio, vió, aunque tarde, que era menester para cimentar sólidamente su autoridad, establecer primeramente el imperio de sus ideas, para que después la fuerza consumara la tarea que se había propuesto.

Convencida España de esta verdad, fué que acogió con calor la propuesta del gobernador Hernando Arias de Saavedra, para llevar la conquista por los medios pacíficos de la religión, ya que se había palpado la infructuosidad de la violencia, cuyos únicos resultados eran el derramamiento de sangre, y la erogación de cuantiosas sumas invertidas en equipar y conducir á estas regiones millares de soldados, indispensables para conseguir el resultado apetecido, mientras se creyó en la conveniencia de la fuerza.

Felipe III, rey de España, en los momentos en que Saavedra imaginaba aplicar á estas regiones, aquel sistema de colonización que los misioneros franciscanos habían ensayado ya en la América del Norte, decidió prestar toda su atención al método propuesto, é impartió las órdenes necesarias para que se implantara aquel sistema en estas regiones. Las misiones jesuíticas estaban, pues, fundadas.

La orden jesuítica tenía una forma peculiar de catequística. Las constituciones y reglamentos de esta orden consideraban á las misiones «Servicio de Dios»; de manera que todo acto de los misioneros debía conducir á este fin. Se ordenaba llevar la palabra evangélica por todas las regiones necesitadas, aun cuando fueran las más desagradables; se ordenaba atraerse á sí las personas más dignas y respetadas, á fin de que su ejemplo influyese sobre las demás. Se mandaba enviar á los más fuertes á los sitios de mayor peligro; á los más virtuosos á los parajes que ofrecieran más obstáculos intelectuales; y recomendábase, siempre que fuese posible, unir un misionero á otro, con el fin de complementar los caracteres y virtudes. Quedaba prohibido escitar el fanatismo, y mandaba ceder en cuestiones secundarias, cuando pudiera lograrse, lo esencial; y, por último, aconsejaba ceñirse al género de vida de los indígenas, siempre que no se quebrantaran la moralidad y los principios de la orden.

Otra de las ordenanzas, prohibía terminantemente el comercio, y aun sus apariencias, á los misioneros. Obligaban, además, no disgustar en lo más mínimo á las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, y establecía que el misionero debía propender al reconocimiento de aquellas, por parte de los indígenas.

Estas eran, en resumen, las ordenanzas á que debían ceñirse los jesuitas que vinieron á establecerse en estas regiones.

Las reducciones fundadas en nuestro territorio se establecieron en la márgen izquierda del Uruguay—en una extensión de 40 leguas de ancho por cien de longitud.

Los pueblos principales fundados en el Uruguay por los misioneros fueron siete, á saber: San Francisco de Borja, San Nicolás, San Luis Gonzaga, San Miguel, San Juan Bautista y San Angel; pueblos que progresaron todos debido al acierto con que fue-

ron elegidos los parajes para su establecimiento. San Luis adelantó de tal modo que llegó á ser la capital de las Misiones.

La primera dificultad que tuvieron que vencer los jesuitas, fué el plan de organización de la administración española. Reclamaron ellos contra aquellas ordenanzas y estipularon que los pueblos que fundaran no podrían, en ningún caso caer bajo el dominio de los *encomenderos*. Pidieron, asimismo, que las autoridades civiles de esos pueblos fuesen desempeñadas por indígenas habitantes de ellos, y anunciaron que de los bienes adquiridos se haría una repartición proporcional, señalando, además, un límite equitativo á las fatigas del indio. Felipe III aceptó de plano estas condiciones, dispensando, además, á los pueblos del Uruguay y Paraná, de todo tributo durante los primeros diez años de su fundación.

Estas concesiones de parte del rey disgustaron á aquellas personas que medraban á costa del trabajo del indio, en tanto que se captaron las simpatías de los espíritus desinteresados que creían que aquella organización sería la base de futuros adelantos.

(Continuad)

Histórico.

LUIS XIV

Conferencia leída en la Clase de Historia Universal
POR AGOSTO MUSSO

(Conclusión)

Le sucede, no como heredero, sino como dueño del reino, cuyo señorío le pertenece, no escogido, sino únicamente por derecho de nacimiento. No tiene que agradecer su corona, ni á la voluntad de su antecesor, ni á ningún edicto, ni á ningún decreto, ni á la liberalidad de nadie, no la debe más que á la ley. Esta ley es considerada como obra de aquel que ha establecido las monarquías, y se cree en Francia, que solamente Dios puede abolirla, y por consiguiente no hay renuncia que pueda destruirla. Si el rey de España renunciase á su derecho por amor á la paz, sería engañarse y edificar sobre arena, el creer que semejante renuncia era un remedio suficiente para conjurar el mal que se propone evitar.» Bien claro queda demostrado, que el rey al hacer esas renunciaciones, lo hacía solamente obligado por las circunstan-

cias, y declaraba al mismo tiempo que ellas estaban fuera de lugar; pero, no recordaba, que él no tenía absolutamente ningún derecho sobre el reino de España. Podía alegar, el príncipe francés, que no había recibido los 500.000 ducados que el rey español se obligaba dar á María Teresa, mediante la renuncia de esta al trono, pero no recordaba al mismo tiempo, que el dinero era una mera gratificación, mientras que la renuncia era un tratado solemne que por ninguna causa podía contravenir.

Que la renuncia es un acto verdaderamente solemne, no tenemos más para demostrarlo, que citar aquí la cláusula en que Luis XIV y su esposa declaran: «Prometemos por nuestro honor. bajo fé y palabra de reyes, juramos sobre la cruz, los santos Evangelios y cánones de la misa que observaremos y cumpliremos enteramente de buena fé, todos y cada uno de los puntos y artículos del tratado. Haremos que por nuestra parte se observe, sin hacer nada en contrario ni consentir contravención alguna, sea cual fuere.» Cuando se hace una renuncia tan seria, en la cual los interesados declaran nullos cuantos derechos puedan tener, no será seguramente causa bastante fuerte para que se considere roto un tratado así, el no haber dado á una de las partes interesadas una suma de dinero, como gratificación.

Es por esos motivos que los aliados no tenían mucha fé en las promesas del rey francés, por halagüeñas que fuesen; pero, la muerte de José I y la elevación del archiduque Carlos al trono imperial, indujo á estos á aceptar la paz, porque sinó, hubieran caído otra vez en los males que pueda causar una casa dominante; puesto que el archiduque hubiera reinado sobre los antiguos dominios de Carlos V y tenido así una preponderancia, que no sería tan funesta como la de la Francia, pero que no dejaría de ser peligrosa. En consecuencia, se formó el tratado de Utrech, por medio del cual, se declaraba solemnemente que las coronas de Francia y España nunca se reunirían, se concedía el título de rey al duque de Saboya, y á los ingleses é imperiales se les hizo una porción de concesiones de países desmembrados, casi todos de los dominios españoles.

La humillación del gran rey fué por lo tanto un hecho; jamás castigo alguno fué

mejor aplicado, porque el orgulloso monarca no había tenido nunca otro derecho que la fuerza, y siempre que le convino holló todos los tratados, hasta los más solemnes. El gran rey sufrió el mismo castigo que él estaba acostumbrado á aplicar: la humillación. Nunca monarca alguno tuvo mejor su merecido.

Los últimos años de Luis XIV, fueron amargados por la muerte de sus hijos el delfín, y poco después la de su segundo hijo. De la misma manera que los hombres, la naturaleza parecía vengarse del más orgulloso de los monarcas, puesto que los hijos del duque de Borgoña, cayeron enfermos salvándose por casualidad el menor. Poco despues y habiendo sufrido todos estos desastres el *sol de la Francia* murió dando consejos á su sucesor y diciendo estas palabras: «Oh! Dios mio, venid en mi ayuda, apresuraos á socorrerme».

A Luis XIV se le ha dado el dictado de Grande; sus contemporáneos franceses, casi lo han deificado; él mismo nos demostrará si en realidad merecía tales honores; para lo cual desde dos puntos de vista podemos juzgar al orgulloso monarca: como gobernante y como conquistador; como gobernante fué el más despótico de los monarcas europeos, y como el despotismo trae como consecuencia inmediata la corrupción, es más que evidente, que el gran corruptor de la Francia y el causante de todos sus males fué Luis XIV. Que fué corruptor lo dicen sus desvergozadas palabras: «Cuando se puede todo lo que se quiere, no es fácil querer más que lo que se debe». Creo firmemente, que el hombre que dice tales palabras, no merece más que un desprecio profundo y el escarnio de toda la humanidad.

Como muy bien lo dice Laurent; «El gran rey es más culpable que su biznieta porque la corrupción elegante es más funesta que la crápula; la primera es fácilmente contagiosa, al paso que la otra inspira adversión». En efecto, se protesta contra los escándalos de Luis XV, y no piensan los que tal hacen, que el único culpable es su bisabuelo; éste no solo hacía alarde de sus adulterios repugnantes, sino que pretendía justificarlos por el derecho; mientras que el otro hacía una vida desordenada pero no trataba de justificarse.

Esto no necesita que lo mencione, puesto que bien claro y notorio es, que á la

muerte del gran rey se manifestó una corrupción asquerosamente desordenada; además bien sabemos si el ejemplo dado por el orgulloso monarca no surtió efecto; todos los nobles hacían alarde de aquella refinación de las costumbres prostituidas. La decadencia, en el sentido moral, fué verdaderamente grande, puesto que ella llegó hasta el cinismo; el único y grande culpable de todo esto, es indudablemente Luis XIV; Saint Simón, dice: «El ingenio, la nobleza de sentimientos, la conciencia y respeto de sí mismo, la grandeza de corazón, todo esto es para Luis XIV sospechoso y detestable».

Se ha declamado mucho para alabar la grandeza de la Francia en esa época, y los que así proceden no se han detenido á observar que la causa de aquella fué que el ignorante monarca encontró á su advenimiento grandes guerreros y hacendistas, buenos políticos y expertos administradores; se dice por muchos que el rey francés tenía una perspicacia notable, y por lo tanto sabía elegir sus servidores; de manera que esa brillante pléyade de grandes hombres, que apareció en aquella época, se debe solamente á éste; pero ésto es incierto; el orgulloso monarca cobraba una aversión profunda á todo lo que le hacía sombra, de modo que si figuraron en su reinado hombres notables como Colbert, Lionne, Vauban, Louvois, Turena, Condé, es porque ya los encontró formados en la larga y notable guerra de los Treinta Años; la prueba está en que después que ese soberbio grupo de notabilidades desapareció, los triunfos del cretino monarca fueron siempre brillantes, pero carecieron de aquella estabilidad que caracterizó el principio del reinado de este príncipe.

Además conocidísima es la envidia que causaba al gran monarca todo lo que era noble; nada bueno, en efecto, podía esperarse del hombre que careciendo hasta de la inteligencia natural, creía que solo él podía hacer grandes cosas, y que decía: «*Que los buenos servidores debían creer que estaba bien hecho, todo lo que hacía*»; no podía favorecer á ningún hombre que poseyera una inteligencia superior, puesto que lo empequeñecería.

Todo hombre que tuviese dignidad no podía ser adicto á un rey, que lo primero que hacia era degradarlo; Luis XIV no que-

ría nada más que hombres serviles, las adulaciones las aceptaba con gusto, porque creía que eran justas, y cuanto más bajas y viles eran éstas, más envanecían al rey. Saint Simón pinta de una manera admirable, las odiosas prácticas del rey de Francia: «Las alabanzas, mejor dicho las lisonjas, le agradaban tanto, hasta las más groseras; cuanto más bajas mejor... La flexibilidad; la bajeza; el aire de admiración sumiso, rastrero y principalmente el aire de esperar todo de él, era el único medio de agradarle.» Siempre que encontraba un hombre digno, siempre que tratara con alguno que fuera leal y franco, por competente y bueno que fuera, lo perseguía, ó lo hacía caer en desgracia; Vauban, el célebre Vauban, él que fortaleció de una manera admirable infinidad de ciudades, el ministro experto, el capitán concienzudo, porque publicó el Diezmo Real, dice Saint Simón: «El rey olvidó sus servicios, su capacidad militar, única en su género, sus virtudes. No vió más que un insensato por amor al público y un criminal que atentaba á la autoridad de sus ministros y por consiguiente á la suya. Vauban fué llevado al sepulcro por la amargura del dolor, por lo mismo que lo colmó de honores y que en cualquiera otra parte que no fuese en Francia, hubiera sido un mérito que le hubiera abierto las puertas del favor.»

Todos los males que sobrevinieron á la Francia son indudablemente causados por Luis XIV. La Revolución Francesa, ese grande movimiento hácia la libertad, esa brillante y admirable luz que iluminó á la Francia á fines del siglo XVIII, ha sido ocasionada de una manera indirecta por tal monarca; y ya no nos puede engañar la brillante esterioridad del reinado del gran rey; grandes eran las fiestas que se celebraban en Versailles, faustoso era el lujo que desplegaba la corte; pero el pueblo, lo que constituye la fuerza de un país, estaba sumido en la miseria más espantosa; la desgraciada situación de la Francia era insoportable; el estado pecuniario del pueblo era desastroso; la misma corte para engañar al mundo con su brillantez, hacía grandes empréstitos; y aún se encuentran defensores del odioso monarca? ¿Acaso se puede ponderar el reinado de Luis XIV, por la brillantez ficticia que le dió? Indudablemente que nó; y todos debemos unir nuestras protestas contra el tirano ambi-

cioso, contra el traidor y contra el asesino de un pueblo, merecedor ciertamente de mejor suerte.

Como conquistador, lo vemos igualmente despreciable y odioso. Si la misión del conquistador en los tiempos modernos no fuera pésima; tendría que ser reprochado por su inexperiencia. En los triunfos de Luis XIV no se vé mas que una fortuna constante, inmutable; solo los primeros podemos atribuirlos á sus generales, pero los siguientes, no son mas que productos de la casualidad.

Además, si triunfando de sus enemigos, hubiera tenido la bondad irresistible de César, si hubiera sabido halagar ya que no adular á las provincias sometidas, si no hubiese indignado á sus aliados y aún mismo á sus súbditos, con sus balandronadas, si no hubiera cansado á todos con su orgullo y soberbia infinitos, es indudablemente cierto que podía haber gobernado á la Europa entera, realizando de esa manera el sueño de su vida, lo que fué el objeto de sus miras; en fin, su ideal: *La monarquía universal*.

Pero, nó, la bondad política, el trato afable, no se avenían con la apocada y egoísta inteligencia del gran monarca; sus triunfos en vez de hacerlo razonable y cariñoso, ya para con sus aliados, ya para con sus súbditos, lo volvieron orgulloso y altanero, descontentando así á todo el mundo y no pudiendo recojer después, lo que fué el fruto de todos sus afanes y desvelos: la monarquía española.

Mucho se ha declamado en pró del orgulloso monarca; muchos son los hombres que han sostenido que Luis XIV ha engrandecido á la Francia, pero nadie ha considerado la situación verdaderamente crítica, inmensamente insostenible en que se hallaba el país en tiempo del degradado rey. Si la grandeza de un pueblo, se midiese por el número de almas y por las leguas de terreno que cuenta, es indudable que Luis XIV sería de todos los monarcas franceses el que más había engrandecido á aquel; pero, si consideramos los males sin cuento, los peligros inminentes á que se expone un país con un régimen gubernativo completamente absolutario; si tenemos en cuenta las desgracias inmensas, la miseria espantosa que traen consigo un periodo incesante de guerras; si nos fijamos en la mala administración interior y en la co-

rrupción consiguiente á la tiranía, hallaremos á Luis XIV empequeñecido hasta lo infinito y lo encontraremos despreciable y odioso cual nunca pudo ser otro rey ni otro hombre cualquiera; y en vez de darle el inmerecido dictado de *Grande*, le daremos como muy bien lo hace Ducoudray el título de *Ultimo Rey*.

He dicho.

Montevideo, Junio de 1896.

A. Musso.

Descubrimiento de una antigua ciudad EN MÉJICO

(Traducido expresamente de "La Nature", del 19 de Junio de 1897, para LOS DEBATES)

El señor W. Niveu, distinguido mineralogista, agregado al Museo de Historia Natural de New-York, exploraba Méjico en busca de yacimientos de granates rosas, á los cuales dan los indígenas muchísimo valor, cuando se le puso en conocimiento la existencia de ruinas considerables que ningún europeo había visto hasta entonces y que los mismos indígenas apenas conocían. Fué con grandes dificultades que el señor Niveu llegó á encontrar un peón que pudiera darle algunas referencias y que quisiera acompañarlo.

La ciudad encerrada bajo las arenas del desierto es probablemente Quechmictoplican, ciudad mitica para la mayoría y de la cual solo los arqueólogos conservan la tradición. Está situada á 40 millas al N. O. de Chipalcingo, capital del Estado de Guerrero.

La marcha hasta ella fué larga y penosa á través de un país desolado, sin caminos, sin senderos, sin puntos de orientación, sin habitantes ni siquiera nómades; por un largo trecho el señor Niveu, no encontró más que un pequeño número de chozas de aspecto miserable, habitadas por hombres más miserables aún; sin embargo pudo renovar en parte las provisiones que empezaban á faltarle.

Los días se sucedían uno tras otro sin que nada se revelara á nuestro explorador. Empezaba á ceder al desaliento, á dudar de

la fidelidad de su guía, de la exactitud de sus informaciones, cuando el peón le hizo fijar en los rastros de un antiguo camino construido evidentemente por el hombre, al que daban sombra árboles de una exuberante vegetación.

Al día siguiente, el señor Niveu se vió bien recompensado por sus fatigas y penurias; una inmensa ciudad se extendía ante sus ojos y tan lejos como alcanzaba su mirada, vió las colinas y el valle cubiertos de ruinas. Una puerta formada de bloques de piedra groseramente trabajados, unidos con arcilla y en cuya parte superior tenía su travesaño, daba acceso. El señor Niveu, durante su corta estadía se apresuró a recorrer el valle; por todos lados á sus piés encontraba ruinas, templos, monumentos sepultados en la arena y bajo el polvo de los siglos, cubiertos por la vegetación tropical. Por acá y por allá sobresalían columnas destrozadas, pedazos de paredes, medio desplomadas, últimos testimonios de la antigua ciudad.

Seguro desde ya del éxito, persuadido de los ricos descubrimientos que les reservaban las excavaciones, el señor Niveu volvió á New York para organizar una expedición. Ante todo era preciso dinero, ese nervio de las expediciones como de la vida. Un rico hacendado quiso costear los gastos y es digno de citar el hecho de que lo hizo con única condición de que su nombre nunca se daría á conocer. El celo desinteresado por el progreso de la ciencia primaba en él sobre toda vanidad personal.

La estación era favorable, nuestro explorador apresuró sus preparativos y el 7 de Agosto de 1896 se ponía en camino para Méjico. En Chipalcingo organizó su caravana; compró caballos, útiles, armas y se procuró un pequeño número de obreros. Esta fué la parte más difícil de su tarea; el habitante de Guerrero, muy indolente por naturaleza, ama poco la fatiga y el trabajo, teme el peligro y gusta sobretudo de las bebidas fuertes que el señor Niveu se negaba enérgicamente á incluir entre sus equipajes.

Después de algunos retardos inevitables se emprendió por fin la marcha, esta vez alegremente y sin preocupaciones. Nuestro explorador reconoció toda la superficie de la ciudad, igual en extensión, según nos dijo, á la de New-York. Un primer examen le permitió afirmar, desde ya, que era de

origen relativamente reciente y que nos remontaba á esos tiempos que se suele asignar con demasiada facilidad á la antigua civilización nahuatl.

Antes de los Aztecas, habitantes sanguinarios y fanáticos de Méjico, la ciudad había sido poblada por una raza más dulce y más civilizada, los Mayas, de raza nahuatl, iniciadores de la civilización en la América Central y que, vencidos sin duda por los Aztecas, habían tenido que ceder su puesto á sus peores enemigos. Pero el señor Niveu cree que ni los Aztecas ni los Mayas fueron los fundadores de Quechmictoplican; él cree haber descubierto los vestigios de una raza primitiva á la cual habían pertenecido los primeros habitantes de la ciudad citada. La construcción y la decoración de los edificios, que él considera como los más antiguos, concurren al apoyo de esta hipótesis. Es, como se vé, la misma confusión que se produce, al tratar del origen de todas las ciudades antiguas solamente las excavaciones podrán resolver el problema.

Han sido reconocidos hasta ahora 22 templos y numerosos altares, que forman los principales monumentos de la ciudad. Los altares están erigidos sobre pirámides colosales de adobe ó sea de ladrillos sin cocer, secados al sol, que se pueden divisar de todos los puntos de la ciudad. Con un pequeño esfuerzo de imaginación es fácil representarse los sacrificios sangrientos de que fueron teatro esos altares y los millares de víctimas humanas que perecían allí como en Méjico, bajo el cuchillo del sacrificador (1). Los templos estaban contruidos generalmente de piedras de grandes dimensiones trabajadas con cuidado; con frecuencia quedan los cimientos solos y más lejos las paredes, se elevan á varios piés. Algunos de los templos cubren una superficie de 600 piés cuadrados. En el centro se observa siempre un altar de 5 á 20 piés de altura y lo menos de 15 piés cuadrados de base. Los altares han desempeñado evidentemente un gran papel en la vida religiosa y social de los habitan-

(1) La inauguración del gran templo de Méjico que tuvo lugar poco tiempo antes de la conquista española, dió lugar á verdaderas masacres que se prolongaron durante 4 días. La sangre, relata el padre Duran, corría con tal abundancia á lo largo de las calles, que formaba verdaderos estanques donde se coagulaba, esparciendo una ola pestilente por toda la ciudad. Los Aztecas se banquetaban con la carne de las víctimas.

tes. Reproducimos uno de esos templos. Los caminos que hácia él conducen, los arabescos que lo adornan, las ventanas abiertas en las paredes laterales ofrecen numerosas analogías con las construcciones de Uxmal, de Labra, de Kabah, de Chiche-Itza. Pero es preciso agregar que no se han encontrado hasta ahora ninguno de esos geroglíficos indescifrables, tan numerosos en las ciudades del Yucatán.

Dos columnas inmensas de piedra, redondeadas en la cúspide se levantan delante del templo; se ha pretendido ver en ellos los testimonios del culto-falico, tan común en toda la América Central y que salido de la India se encuentra también en la mayoría de las naciones antiguas. En el Cerro Porteiro y en Calchiatept (son los nombres dados á diferentes partes de la ciudad) se observan 2 pirámides de alrededor de unos 65 piés de alto. Al lado de ellas, templos que miden 600 piés por 200. Las excavaciones practicadas en uno de esos templos exhibieron á 9 piés de profundidad un altar, y debajo de éste, un jarrón de tierra cocida que contenía 72 objetos de nácar.

Cuatro de estos objetos representaban cabezas humanas con peinados raros, los otros, pájaros, peces y animales diversos. El jarrón lo rompió desgraciadamente un obrero con el pié. Los pedazos recogidos con cuidado se remitieron al Museo Nacional de New-York.

Los subterráneos son más numerosos que en ninguna de las antiguas ciudades americanas; en Organos, en Tejas, el señor Niveu descubrió salas inmensas llenas hasta la mitad de depósitos de ceniza y objetos de alfarería rotos pertenecientes á muy distintas épocas. En Rochocotzin, encontró una cabeza esculpida en una piedra que media 7 piés de largo; el rostro es expresivo y el peinado bastante sencillo no era conocido. En Texal, el edificio entero era subterráneo y las excavaciones no han podido descubrir más que las lozas que forman el techado. Por todos lados, en los templos como en los subterráneos los exploradores recogían, en medio de numerosos pedazos de alfarería, rodela, perlas, aros, caretas (1) anillos, amuletos, adornos de toda clase de jade ó de escama.

(1) Es sabido que los mejicanos tenían la costumbre de colocar una careta de materia dura sobre el rostro de sus muertos.

He dicho que los numerosos bajo-relieves de estuco ó piedra no tenían inscripción alguna. Sobre uno de ellos se ha creído encontrar signos geroglíficos.

Huesos amontonados, formaban un osario por lo menos de 20 piés de largo. Algunos cráneos se extrajeron intactos, pero se pulverizaron al primer contacto del aire. Es de lamentar, pues ellos hubieran permitido el estudio antropológico de la raza que ha dejado vestigios tan marcados de su existencia. Nuevas exploraciones tendrán, lo esperamos, mejor éxito.

Los pueblos venidos del Norte, que se establecieron sucesivamente en la América Central pertenecieron probablemente á la raza nahuatl. Es á las diversas ramas de ese tronco fecundo á quien se debe los monumentos en ruinas que cubren á Méjico, á Yucatán, Honduras, Guatemala, Nicaragua y que volvemos á encontrar hasta en el istmo de Tehuantepec. Es á esta raza, hemos dicho, á quien atribuimos la nueva ciudad, cuya existencia nos ha revelado el señor Niveu.

La civilización de esos pueblos era avanzada; los monumentos que les sobreviven lo atestiguan sin réplica. Nos falta espacio para entrar en los detalles que esta cuestión exige; queremos citar solamente, para terminar, algunos versos de una oda compuesta por un rey nahuatl de Tezcucó, muerto en 1772, que versa sobre las vicisitudes de la vida y que nos ha conservado uno de sus descendientes. El rey haciendo un examen de conciencia, exclama: «No, tú no serás olvidado; no, el bien que tú has hecho no estará perdido para los hombres; jacaso el trono que ocupas no es el don del Dios sin igual, el poderoso creador de la vida, el que engendra y anonada á los príncipes y reyes». No podemos continuar esta cita; decimos solamente que las estrofas subsiguientes atestiguan sentimientos iguales á los que uno se admira de encontrar en uno de esos americanos anteriores á la conquista española, fácilmente considerado como bárbaro (1).

Mis de Vadailac.

(1) Sahagan relata la educación dada á los hijos y á las hijas del rey. Da á conocer los discursos dirigidos por Netzahualcozotl á sus hijos. Vemos en ellos la misma elevación de sentimientos. V. Reyes. "Las ruinas de Tetzcucotlino."

ECOS UNIVERSITARIOS

Concurso de Filosofía, 1.º año

—Todas las proporciones de un acontecimiento universitario, revistió el concurso de Filosofía, en el cual acababa de obtener un espléndido trinfo el inteligente Br. Carlos Váz Ferreira.

Las condiciones intelectuales y la preparación insólita de Váz Ferreira no eran para nadie misterios, y, sin embargo, asombró á todos con el caudal enorme de sus conocimientos.

Expresar los puntos en los cuales el joven catedrático superó á lo que todos esperaban de él, es un trabajo demasiado extenso, pues sería necesario relatar minuciosamente todos los momentos del concurso. Cada uno de los temas que desarrolló mereció un aplauso del tribunal examinador y convirtiendo así cada combate parcial en un triunfo, nadie podía dudar en el resultado definitivo de aquella lucha intelectual.

Con la incorporación del Br. Váz Ferreira al cuadro de catedrático de nuestra Universidad, adquiere ésta un elemento de primer orden, y que por sus cualidades é ilustración honraria á cualquier institución análoga de nombradía universal.

Reposición del Sr. Laso—Como es sabido el Sr. Ministro de Fomento obrando de acuerdo con la más estricta justicia, ha repuesto en la cátedra de Gramática al Sr. Dn. Faustino S. Laso, injustamente separado por la administración anterior.

Su nueva entrada á la Universidad ha de ser recibida con júbilo por sus discípulos y por los estudiantes en general, entre los cuales el Sr. Laso se ha captado simpatías profundas, debidas, sobre todo, á la bondad que constituye el fondo de su carácter recto.

El Sr. Laso vuelve pnés á su antiguo puesto, y al reanudar sus tareas, libre de

todo rencor que se halla en pugna con su nobleza de sentimientos, puede, como Fray Luis de León, inaugurar sus lecciones con la frase del distinguido profesor de la universidad de Salamanca: «Como decíamos ayer.....»

Por nuestra parte á la vez que saludamos al querido catedrático, deseándole que en lo sucesivo no vuelva á verse envuelto en incidentes desagradables como el que pretextó su separación, despedimos afectuosamente al Sr. Martínez Vigil, que ha venido ocupando interinamente el puesto del Sr. Laso.

Resolución favorable—Si una bondad poseemos entre todos nuestros defectos, es la imparcialidad. No tenemos escrúpulos para censurar y aplaudir al mismo tiempo, si la censura y el aplauso son, á nuestro juicio, merecidos.

Así, pues, en otro lugar reprochamos la conducta del Consejo Universitario, porque merece el reproche, aplaudimos acà su proceder porque creemos, que es digno de aplauso.

Nos referimos á la resolución últimamente tomada por esa corporación, indicando como época para la realización de los exámenes extraordinarios, el mes de Mayo de cada año.

De acuerdo con nuestra norma de conducta, enviamos también un aplauso á la Asociación de los Estudiantes por la parte que le toca en este triunfo que á todos intereza.

Para el otro número.—Por falta de espacio no publicamos unas notas bibliográficas sobre dos notables folletos que hemos recibido.

Errata.—En el ligerísimo estudio sobre la personalidad literaria del ilustrado crítico Dr. Víctor Pérez Petit léase ruptura en donde dice roptura.